

## La necesaria inculturación de la fe cristiana

### *Una misma fe en diferentes culturas*

Una de las cuatro notas o propiedades de la Iglesia que aparecen recogidas en el credo es la catolicidad, es decir, la universalidad. La Iglesia es universal y está presente en todo el mundo.

Carmen MÁRQUEZ BEUNZA.  
Universidad Pontificia Comillas

**E**sto implica que su mensaje ha de llegar a personas que viven en contextos culturales muy distintos y que tienen formas diversas de ver la vida, de relacionarse, de celebrar la alegría y soportar el sufrimiento, de concebir y vivir el tiempo, de expresar los sentimientos, de valorar a los otros o de entender la comunidad. La pregunta que surge entonces es cómo hacer comprensible y transmitir el mensaje cristiano a gente que piensa, siente y vive de modo tan diferente.

La universalidad de la Iglesia se concreta y expresa en la vida de las distintas comunidades locales, y eso exige una tarea de reformulación de la fe que, sin desvirtuar su mensaje ni perder nada de lo esencial, la exprese en categorías culturales diversas, para que pueda ser adecuadamente comprendida, asimilada y vivida. Cuando hablamos de inculturación, nos referimos a ese ejercicio de diálogo y encuentro entre el evangelio y las distintas culturas. Y ese es, precisamente, uno de los grandes retos a los que se enfrenta hoy la Iglesia: la inculturación, es decir, la capacidad de expresar el mensaje del evangelio en nuevas categorías culturales.

Esta problemática, que normalmente se planteaba en relación a los llamados "territorios de misión", se extiende hoy también a aquellos contextos tradicionalmente cristianos. A la tarea de anunciar el evangelio en aquellos continentes en los que el cristianismo todavía no ha penetrado en profundidad, se une el reto de seguir predicando el evangelio en un Occidente cada vez más secularizado, que parece haber perdido las referencias cristianas. También en la vieja Europa es necesario un ejercicio creativo de inculturación de la fe, para que el mensaje cristiano llegue a los hombres y mujeres de hoy. Dicho de otro modo: la necesidad de inculturación es universal, y debe llevarse también a cabo en aquellos lugares en los que el evangelio se daba por inculturado desde hacía siglos, porque no se puede evangelizar al margen de las culturas.

## ***Al hablar de inculturación nos referimos a ese ejercicio de diálogo y encuentro entre el evangelio y las distintas culturas***

El diálogo con las culturas de nuestro tiempo reviste una importancia vital para el futuro de la Iglesia y del mundo, porque en las culturas de la modernidad se construye la Iglesia del mañana. Convencido de ello, **Juan Pablo II** creó en 1982 el Consejo Pontificio para la Cultura. Y no ha sido menor la importancia que le ha concedido el papa Francisco, que ha dedicado buena parte de su exhortación apostólica *Evangelii gaudium* a esta cuestión. En ella, presta una gran atención a las grandes transformaciones culturales que han conllevado procesos como la industrialización, la urbanización y la globalización. Y se pregunta cómo evangelizar una sociedad marcada por la secularización, el individualismo o la globalización, o cómo abordar esas nuevas "culturas urbanas" en las que el cristianismo no suele ser ya generador o promotor de sentido. Su análisis lo lleva a una clara conclusión: "Se impone una evangelización que ilumine los nuevos modos de relación con Dios, con los otros y con el espacio, y que suscite valores fundamentales. Es necesario llegar allí donde se gestan los nuevos relatos y paradigmas, alcanzar con la Palabra de Jesús los núcleos más profundos del alma de las ciudades" (EG 74).

### **Una mirada a la historia: nunca ha existido un cristianismo "sin cultura"**

Aunque el término "inculturación" es relativamente reciente, hace en realidad referencia a una problemática que ha estado siempre presente en la vida de la Iglesia. Ya en sus mismos inicios, la Iglesia se vio obligada a realizar un ejercicio de inculturación sin precedentes en el mundo grecorromano. El cristianismo había nacido en un contexto semita y en un entorno rural. Pero no se quedó circunscrito a ese ámbito. Pronto traspasó los

límites geográficos y culturales de Palestina. La predicación de los apóstoles y la expansión del cristianismo por el mediterráneo provocó el contacto con otro mundo cultural: el helenista. Los nuevos receptores del mensaje cristiano eran los habitantes de las ciudades del mundo grecorromano, que en su gran mayoría no provenían ya del judaísmo y cuyos referentes culturales eran muy distintos.

Los primeros cristianos tuvieron entonces que hacer frente a la necesidad urgente de traducir el mensaje original en un nuevo lenguaje, es decir, tuvieron que expresar la fe que profesaban, y que había sido articulada en categorías veterotestamentarias, en las categorías culturales del pensamiento griego, porque solo de ese modo el mensaje cristiano podría ser comprendido y acogido. Llevaron a cabo un diálogo profundo con la cultura helenista y descubrieron en la filosofía, en su voluntad de verdad y de universalidad, un buen aliado para transmitir el mensaje cristiano. Tomaron prestadas algunas categorías de la filosofía griega y de su pensamiento especulativo y formularon a través de ellas la fe en **Jesús**. A aquella visión judía del Dios que actúa en la historia le unieron una reflexión de carácter más especulativo, acorde con la mentalidad de sus nuevos interlocutores. La fe no había cambiado, aunque se había expresado de un modo nuevo.

En el Nuevo Testamento tenemos ya anticipado el reto de esa convergencia entre el mundo griego y el mensaje cristiano, en relatos como el discurso de **Pablo** en el Areópago apelando al dios que los atenienses veneraban como desconocido (Hch 17,16-34). Pero no fue una tarea fácil y no todos los ensayos salieron bien, porque no en todos los casos se realizó el adecuado discernimiento que permitiera reconocer qué elementos de esa cultura servían adecuadamente →

→ para transmitir la fe cristiana y cuáles la desvirtuaban. De ello dan buena cuenta algunas de las herejías que surgieron en los primeros siglos.

Ese fue solo el comienzo. Pronto la Iglesia se vio forzada a entablar un nuevo diálogo. La caída del Imperio romano condujo a la Iglesia al encuentro con los pueblos bárbaros y a idear nuevos métodos de evangelización, de transmisión y expresión de la fe. Se inició entonces una etapa especialmente fecunda que condujo a la evangelización del continente europeo, y que encontró en figuras como los obispos **Cirilo** y **Metodio** algunos de sus mejores exponentes. No en vano, el papa Juan Pablo II los declaró patronos de Europa, considerándolos un magnífico ejemplo de ese proceso de inserción del evangelio en una cultura y de la introducción de esa misma cultura en la vida de la Iglesia. Porque el proceso de inculturación supone una doble integración: de la fe cristiana en la vida de una cultura y de esa nueva expresión de la experiencia cristiana en la vida de la Iglesia universal. El cristianismo se constituyó, junto con la filosofía griega y el genio organizativo del derecho romano, en uno de los pilares de la civilización occidental. La innegable aportación del cristianismo a esa nueva cultura europea que surge de las ruinas del Imperio romano nos deja una importante enseñanza: que la religión es parte integrante de la cultura en que se enraíza y que, a su vez, desarrolla. Europa no sería lo que es sin la contribución del cristianismo.

La expansión de la fe cristiana por otros continentes suscitó nuevos encuentros con otros mundos culturales. Resulta interesante recordar las recomendaciones que la Congregación para la Propagación de la Fe daba, en 1659, a los vicarios apostólicos que enviaba a China e Indochina: "No os esforcéis en que esas gentes cambien sus ritos y costumbres habituales, ni les aconsejéis en absoluto que lo hagan, a menos que contradigan manifiestamente la religión y las buenas costumbres. Nada sería más absurdo que importar Francia, España,

### *Una importante enseñanza: la religión es parte integrante de la cultura en que se enraíza y que, a su vez, desarrolla*

Italia o cualquier otra parte de Europa a China. No son estos países los que deben introducirse, sino la fe, que no rechaza ni daña los ritos ni las costumbres de ningún pueblo (mientras no sean equivocados), sino que, más bien, quisiera conservarlos y protegerlos".

La fe en Cristo no debía exigir que los nuevos creyentes abandonasen su cultura. Sin embargo, es cierto que no en todos los casos se siguieron estas pautas. Y en no pocas ocasiones se identificó el cristianismo con la cultura occidental. Con frecuencia, la incorporación a la fe cristiana implicaba una cierta renuncia a la propia cultura porque la evangelización conllevaba, en mayor o menor medida, la "occidentalización". No podemos, sin embargo, olvidar que también en esta etapa hubo magníficos ejemplos de inculturación. Baste pensar en casos como el del jesuita **Matteo Ricci** en China.

Y, así, de un lugar a otro y de una época a la siguiente, la Iglesia ha ido llevando a cabo un proceso incesante de inculturación, que le hecho preguntarse en cada época y en cada lugar por el modo mejor de llevar ese mensaje que es siempre idéntico a personas que viven en unas circunstancias siempre cambiantes.

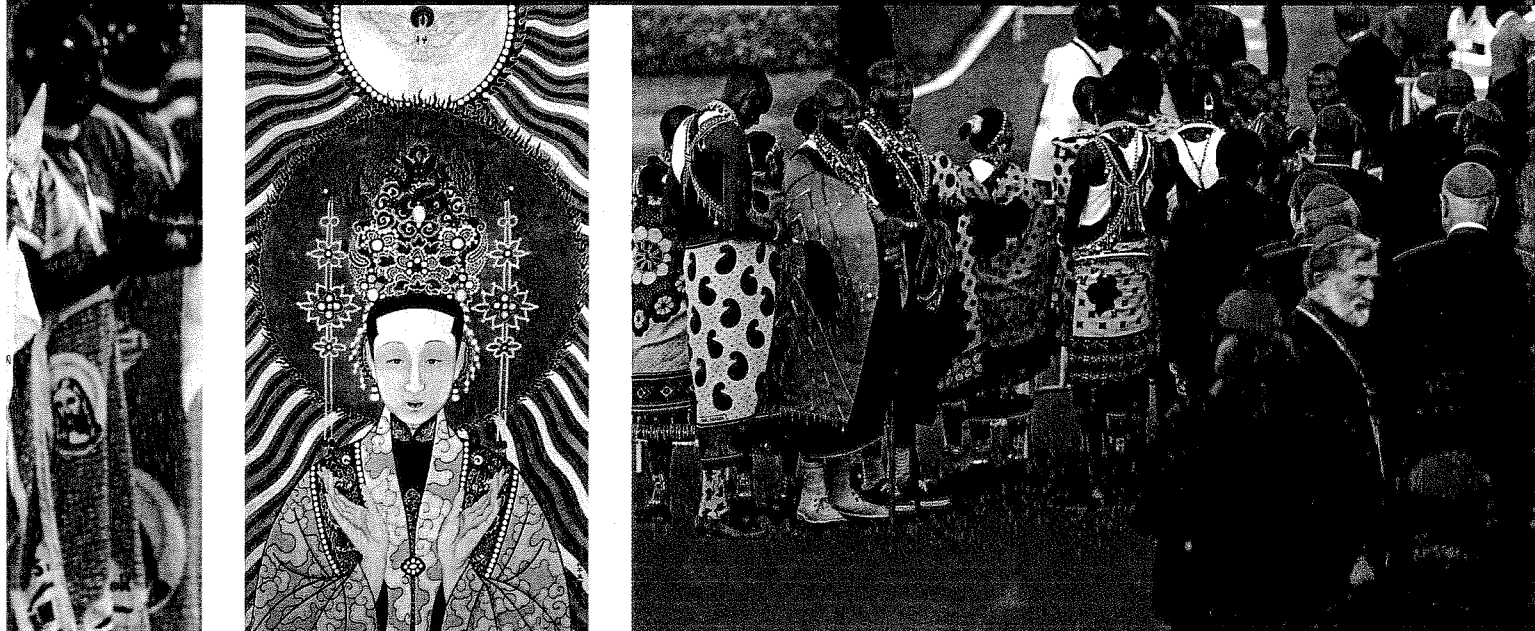
### **El Concilio Vaticano II: un nuevo planteamiento de la relación fe-cultura**

El Concilio Vaticano II trajo un replanteamiento en la forma de abordar la relación fe-cultura. Lo hizo desde dos nuevas claves: una actitud de apertura y diálogo con el mundo moderno; y una asunción



del pluralismo cultural. Desde su misma convocatoria, el Concilio estuvo impulsado por la preocupación de acercar el evangelio a la sociedad contemporánea. En Europa, la Ilustración había marcado el inicio de un proceso de ruptura y distanciamiento cada vez mayor entre la Iglesia y la sociedad, que llevaban más de un siglo dándose la espalda. **Juan XXIII** era consciente de esa distancia que se había creado entre la Iglesia y la cultura de la modernidad. Por eso, estableció el diálogo con el mundo como una de las prioridades del Concilio. La Iglesia debía establecer puentes con los hombres y su historia, abrirse al diálogo con el mundo moderno. Siguiendo esa pauta, la cultura del hombre contemporáneo constituyó el horizonte de la reflexión teológica conciliar.

Por otro lado, el Vaticano II abrió la puerta a las nuevas sensibilidades culturales al incorporar, aunque todavía tímidamente, el enfoque antropológico y etnológico. Para estas disciplinas, la cultura no era tanto aquello que diferencia a una élite cuanto aquello que caracteriza a un grupo. La cultura dejaba de entenderse según la clásica definición ("lo mejor que ha sido hecho y dicho en el mundo") para concebirse como aquello que constituye la forma de vida de un grupo, su manera de entender el mundo, de interpretar la realidad, etc. En los textos conciliares quedaba además superada la distinción entre culturas cristianas y no cristianas. Quedaban así trazados



los caminos que anticipaban la preocupación por la desoccidentalización de la Iglesia y por una inculturación plural del evangelio. Sin duda, contribuyó el hecho de que el Vaticano II conllevó una fuerte toma de conciencia de la diversidad cultural. Era la primera vez que un concilio acogía una delegación relevante de obispos del tercer mundo, que incorporaron el punto de vista de las Iglesias de Asia, África y América Latina. Eso ayudó a que la Iglesia adquiriese una conciencia más profunda de su universalidad.

El gran teólogo alemán **K. Rahner** ha dejado escrito que el Concilio fue un acontecimiento cultural comparable al vivido por los primeros cristianos, cuando comprendieron, tras el Concilio de Jerusalén, que el evangelio iba a ser anunciado a los gentiles, pasando así de un "cristianismo judío" a un "cristianismo de los gentiles": "Me atrevo a afirmar que la diferencia entre la situación histórica de la cristiandad judía y aquella a la que Pablo trasplantó el cristianismo como una creación radicalmente nueva no es mayor que la diferencia entre la cultura occidental y las culturas contemporáneas del conjunto afroasiático, en las que el cristianismo debe inculturarse para convertirse auténticamente, como ha comenzado a suceder, en una Iglesia del mundo entero".

Rahner distinguía tres épocas en la historia de la Iglesia: una primera época judeocristiana; un período helenista que dio posteriormente paso a una Iglesia de

la cultura y la civilización europeas; y un período mundial, inaugurado por el Concilio, de una Iglesia no vinculada a ninguna cultura ni civilización. Y afirmaba que la Iglesia no podía ser ya, como había sucedido en otras épocas, la "acción de una empresa exportadora de una religión europea a todo el mundo". El papa Francisco lo ha recordado de nuevo: "No haría justicia a la lógica de la encarnación pensar en un cristianismo monocultural y monocorde. Si bien es verdad que algunas culturas han estado estrechamente ligadas a la predicación del evangelio y al desarrollo de un pensamiento cristiano, el mensaje revelado no se identifica con ninguna de ellas y tiene un contenido transcultural. Por ello, en la evangelización de nuevas culturas o de culturas que no han acogido la predicación cristiana no es indispensable imponer una determinada forma cultural, por más bella y antigua que sea, junto con la propuesta del evangelio" (EG 117).

### "Inculturar la fe y evangelizar la cultura": un binomio inseparable

El nuevo enfoque que abrió el Concilio quedó consolidado en la exhortación apostólica de **Pablo VI** *Evangelii Nuntiationi* (1975), que sigue siendo, todavía hoy, un texto de referencia. En él quedaba consignada una de las descripciones más logradas de lo que es la inculturación: "No se trata solamente de predicar el evangelio en zonas cada vez más vas-

tas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del evangelio los criterios de juicio, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modos de vida de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación" (EN 19). Por ello, para llevar a cabo la inculturación es necesario un conocimiento profundo de la cultura.

Esta descripción nos recuerda algo a lo que, de algún modo, hemos hecho ya referencia: que la inculturación de la fe es solo una cara de la moneda, que debe ir siempre acompañada de la otra cara, la evangelización de la cultura, porque el proceso de inculturación no solo exige de un esfuerzo creativo por encarnar la fe en los parámetros de una cultura. Debe ir también acompañado de un ejercicio crítico de discernimiento, que permita detectar aquellos aspectos que deben ser transformados, orientados y renovados con la fuerza del testimonio evangélico y que ayude a fecundarla críticamente desde dentro. Por ello, se ha dicho que el acercamiento a la cultura debe hacerse siempre desde una actitud de "simpatía crítica", y que requiere una gran dosis de lucidez. Solo desde esas claves lograremos que la Iglesia sea en cada lugar ese espacio "de misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del evangelio" (EG 114). ●